

plaza pública

para la edición del 24 de octubre de 1991

Clarence Thomas

Un caso para el análisis

miguel ángel granados chapa

La semana pasada, en una apretada decisión de 52 a 48, el Senado norteamericano aprobó el nombramiento del juez Clarence Thomas para integrar de por vida la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos. El caso, sin embargo, mantuvo en vilo a aquella nación, y encierra para los habitantes de otras, varias lecciones que pueden ser aprovechadas.

Thomas fue investigado por un comité senatorial, como suele ocurrir en casos en que el Congreso completa una atribución presidencial. El Presidente Bush propuso hacer ministro del principal tribunal al abogado negro Thomas, reputado como conservador, dato que en la sociedad norteamericana es muy relevante pues se resuelven judicialmente líneas de política social y penal de gran importancia. Thomas tiene un credo político correspondiente al del mandatario que lo nombró, por lo cual el escrutinio del Senado tiene que hacerse con mayor hondura a fin de evitar que las preferencias partidarias quedaran por encima de las aptitudes profesionales y las calidades éticas del candidato.

Contrariamente a lo que ocurre cuando se ventilan nombramientos como éste en que se debaten líneas de interpretación de la jurisprudencia y de la ley, en el de Thomas afloró el escándalo. Acudió al comité senatorial la abogada Anita Hill, negra también, que acusó al juez Thomas de haberla hostigado sexualmente en 1982, cuando eran compañeros de trabajo. Según la denunciante, con objeto de persuadirla de que le hiciera compañía, Thomas se explayaba larga y entusiastamente en la descripción de sus propios atributos. Hay que decir que ni así consiguió el asentimiento de la señorita Hill, una profesora de derecho en la Universidad de Yale, que, sin embargo, siguió viéndolo y, según el parecer de diversos testigos, congratulándose con él cada vez que lograba un ascenso en su carrera judicial. Ahora, sin embargo, juzgó oportuno denunciarlo para evitar que una persona con la ética maltrecha llegara al máximo cargo de la judicatura norteamericana.

plaza pública/?

Los senadores que investigaban a Thomas resolvieron dar curso público al debate, incluidas la acusación y la defensa, de Hill y Thomas, que se provocó con aquel motivo. Las cadenas de televisión dieron amplio espacio a la transmisión de las audiencias senatoriales, y los principales diarios llenaron sus páginas con la ~~re~~ reproducción de los materiales, que a veces abundaban en pormenores relativos al hostigamiento sexual en general, o en particular al aducido por la señorita Hill.

Cada una de las partes trajo a las audiencias testigos que abonaron la posibilidad de que fuera verdad lo que cada uno decía. La fuerza de la argumentación en cada caso era tal, que era frecuente la oscilación de las convicciones lo que ^{en} un momento parecía indudable dejaba de serlo al siguiente, según se escuchara a un partidario de Hill o a uno de Thomas, pues a esos términos quedó reducido el debate. Era, naturalmente, imposible que el Senado tomara una decisión como si se tratara de un tribunal que debe establecer la verdad. Nadie sabrá nunca si lo dicho por la señorita Hill ocurrió verdaderamente, pues se trata de su palabra contra la de Thomas. Los senadores, con la apretada votación indicada, *no le dieron la razón a nadie. Simplemente hicieron la designación que estaba ya en curso.*

Lo grave de ese episodio es que su virtud se convirtió en defecto. Nada hay tan sano como averiguar si un funcionario, especialmente un juzgador, merece la confianza pública. Pero el procedimiento elegido por el comité senatorial expuso a Thomas a un desprestigio del que no se podrá salvar nunca, porque sobran quienes lo consideren un vulgar hostigador y no el respetable ministro de la Corte que debe ser.

El hostigamiento sexual, por otra parte, quedó maltrecho como conducta enfermiza, tras el debate sobre esta caso en particular. Luego de que se evidenciaron los riesgos de que las víctimas hagan público el acoso que sufren, aunque sea muchos años después, muchos donjuanes, en los Estados Unidos o en México, se cuidarán muy bien de no confundir las artes del enamoramiento con las ruines prácticas del acoso.

Tercera frontera